



**CUADERNOS DE
ES.HUMANIDADES.LITERATURA**

<http://www.vecindiario.es>

<http://fw.endofinternet.org> (mirror)

Volumen 03, año 2007.

NavyTales, v.2007

Recopilación de cuentos navideños
publicados en el grupo de Usenet
es.humanidades.literatura.

Bajo licencia Creative Commons.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>

© Sobre los textos, sus respectivos autores.

© Imagen de cubierta, Sapristi.

<http://www.vecindiario.es>

ÍNDICE

Nochevieja	5
Los Reyes Magos	9
Navytale 2007	13
Navytale 2007	17
Tengo las manos vacías	26
La luna de don Raimundo	29
Mamen	41
Alrededor de la catedral de San Isidro	49
Día de perros	56
Vindicación de los Reyes Magos	62
Carta a los Fuelles Mágicos	69
Blanca Navidad	72
Encuentros en la tercera fase	75

NOCHEVIEJA

© *Lopedesosa, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Enrique era amigo desde la niñez, primero como cabecilla de aquella panda de chiquillos que robábamos allozas por las caserías del Camino del Llano, mas tarde recitando versos ante las ventanas del Internado Tere-siano de la ciudad andaluza donde nacimos y luego en Madrid, coincidiendo en tiempo y gustos más o menos literarios, que lo suyo eran los estudios de Farmacia en espera de heredar la ídem de su padre en pleno corazón ciudadano. Se le daba bien lo de ripiar y acercarse a las chavalas del bar de Filosofía allá en la Universitaria pero, las cosas del querer, en una escapada hacia el paraíso interior conoció a una moza, morena, ojos verdes, cuerpo mas bien relleno y lo más importante para él con un padre olivarero, que todo hay que decirlo. Llegó una nochebuena, cumplió con deberes amorosos y volvió rápido a los madriles por esos enfados nimios que se convierten en tragedia cuando intervienen las madres. Y a dar el coñazo en la tertulia, a llorar sus penas en público y a jurar y perjurar que todo acabó. Por entonces, nos llegó el soplo de un fin de año en el chalet del Alpino en Cotos, a pié del

Peñalara y con chavalas aburridas en el horizonte. Convencimos a Enrique para que fuese avanzadilla de una expedición cansada del clásico guateque con tocadiscos y mama vigilante, con uvas que se atragantaban y sidra el gaitero como sustitutivo magnánimo del vino con gaseosa y rodajas de naranja llamado "cap", que aún no sé como lo bebíamos Cosas de la edad y la época.

Así que en vez de volver al paraíso interior a platicar con la moza de ojos verdes y carnes prietas, Enrique se vino hasta la sierra, primero e Navacerrada puerto que allí terminaba el funicular de Cercedilla y luego, hala, esquiando por la carretera ya con la anochecida poniendo miedos en las piernas, los cinco kilómetros hasta el chalet donde nos esperaban.

Enrique, aún pasados años nos lo recuerda con un gozo picaresco en su ya arrugado rostro y en esa rebotica pueblerina donde, ha tiempo heredada, nos reúne un par de veces al año a los supervivientes de aquel grupo pardiello, que tenía al Madrid de cuando entonces como centro de liberación de voluntades paternas y coto-cazadero de nórdicas perdidas en el Museo del Prado y chachas oliendo a zorruno en los merenderos del extraradio. También eso sí, se procuraba pasar curso , sin olvidar la acera de los pares de Serrano entre Goya y Lista las mañanas dominicales cuando

no llegaba el bolsillo ni para un café en la cafetería California.

Bueno, en el chalet serrano del Alpino tuvimos jolgorio, cena cuasi opípara, uvas, castos deseos de añonuevo, una copita de champan francés obsequio de un padre con ganas de colocar al adefesio de su hija y a la madrugada, tímido amago de intercambio de literas, previo concierto sobre donde y con quienes. Sorpresas paternales, algún grito que otro y la solución obligada o sea que nos echaron: Vestirse, calzar los esquíes y vuelta hacia el puerto de Navacerrada, al vestíbulo de la estación del funicular ,que la pensión del tío de los Fernández Ochoa lleno total; en el albergue "Diego de Ordax" ni pensar despertar a Aurelio García. y así, en el primer tren vuelta a los madriles, con primeros de año sin una perra en el bolsillo, a oír las excelencias del guateque que nos perdimos y lo bien que besaba y acariciaba la dueña de la casa donde se celebró.

Y así ocurrió este navitale o así me lo parece.

LOS REYES MAGOS

© *Sebastián, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Gaspar y Melchor llegaron al pequeño apartamento y allí los esperaba Baltasar. Lo vieron muy serio y, como otras veces, comprobaron como su tez cetrina se acentuaba en las emociones. Gaspar se había convertido en el animador espontáneo del grupo, y le espetó sin rodeos:

-Venga. Dinos qué te pasa.

Baltasar se limitó a abrir los brazos en evidente señal de decepción, apretando al mismo tiempo los labios. Y como si viera que aquello no era respuesta suficiente, dijo en un tono de pesadumbre que sólo él solía poner:

-No vamos a encontrar nada.

Entonces Melchor, que no era hombre de grandes soluciones pero que solía estar al tanto de las cosas, le habló con decisión:

-Qué es lo que no vamos a encontrar, Baltasar, qué es lo que no vamos a encontrar, hombre...

-Este año no vamos a encontrar a ningún mesías, esto es todo-. Respondió Melchor. Luego confesó: -El continente entero está ocupado en buscar pateras para irse. Y por aquí, qué quereéis que os diga, parece que la gente está toda de compras...

Gaspar, que sabía muy bien qué problemas podían surgir, intervino con la voz particularmente quieta de quien lo tiene todo pensado:

-Alto, alto. Hay que ir a la médula de las cosas. Si la gente está de compras, hay que buscarla en el lugar adecuado. Sabéis perfectamente que en nuestras ocasionales pasadas por el continglès nunca nos ha ido mal, y estoy seguro de que allí nos dejarían hacer la jornada completa.

-Hombre... -. Era Baltasar, con su mismo rostro herido.

Pero Melchor -el que de verdad había venido de Oriente- pareció que estaba a punto de perderse algo y habló:

-Hermano Gaspar-dijo-, yo comprendo bien tus razones, y hasta ese nuevo sistema de que nos hablas. Por aquí tenéis eso muy bien, en verdad. Pero yo había pensado si, iniciando una línea algo ecuménica, lo suyo no sería ir a un mercado chino. No sería difícil encontrarlo.

Baltasar había oído todo sin moverse, pero un buen observador podía notar como na gota de sudor bajaba por su sien y añadía algo de brillo en la oscura mejilla. Y fue Gaspar, entonces, quien expuso una propuesta con el aire, como acostumbraba, de ser la definitiva.

-Tu idea es buena, Melchor -dijo-; pero también es cierto que deberíamos adoptar, en cuanto podamos, algo definitivo. Como decía Baltasar, todos los años venimos nada menos que en busca del mesías. No puedo asegurar nada, pero aquí y en este momento ya disponemos de medios para que todo tenga la resonancia debida y su conocimiento llegue a donde ha de llegar. Creo que lo conseguiríamos. Se trata de la llamada Operación Triunfo.

Navytale 2007

© *zinnia, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Este es el cuento que nos contaba mi madre el día de Navidad. Por eso sabemos dónde vive la prima Begoña.

Begoña pasó su infancia en uno de esos pueblos costeros del Norte, lleno de empinadas cuestas, de hierba recién segada, de vacas ramoneando y silencios rotos por las campanadas de una hermosa iglesia de piedra y verdín. Los críos del pueblo la trataban de rara porque nunca quiso compartir con ellos los juegos de playa y mar, menos Juan, que miraba con disimulo los labios suaves y carnosos de Begoña y sus ojos de color indefinido como el mar cuando anunciaba galerna.

Despertaba Begoña tanta admiración entre los hombres del pueblo como envidia en las mujeres. Su risa era tan contagiosa como la gripe. Todos deseaban a Begoña menos el hombre que le tocó en desgracia. Eduardo se aprovechó de su vitalidad y su herencia, pero nunca hizo cuentas de los dones que la naturaleza -o dios, quién sabe- le quisieron conceder a aquella mujer.

Begoña nunca se quejó de su mala suerte, y se comentaba en el pueblo que si era tan feliz se debía a aquellos paseos que daba al amanecer. Cuentan que bajaba andando por la carretera de la playa hasta el muelle, antes de que entraran los barcos a puerto con su cargamento de merluzas, atunes, centollos y bocartes, y desaparecía durante dos o tres horas sin dejar rastro. En uno de aquellos pequeños barcos de pesca faenaba Juan, su amigo de la infancia, el eterno enamorado de la prima Begoña, que soñaba con descubrir su secreto con tanta intensidad como odiaba a Eduardo, que no era hombre que la mereciera aquel que la dejaba tanto tiempo sola a merced de aquella mar embravecida que él tan bien conocía.

La mañana de Navidad, estando Begoña en la punta del muelle, Juan la observaba escondido entre las grandes piedras que había debajo del muro. Begoña bajó, como siempre, por uno de los huecos que las olas habían hecho en el muro de piedra hasta las rocas, que habían quedado al descubierto por la bajamar. Empezó a desnudarse. Ni en sus mejores sueños había imaginado Juan que existiera una criatura tan hermosa como ella.

Begoña se zambulló en el mar desapareciendo durante unos minutos que a Juan le parecieron horas, hasta que volvió a verla de-

lante de una brillante y magnífica cola de pez. Estuvo nadando, saliendo y entrando del agua hasta que avistó a Juan, que había abandonado su escondrijo y la miraba estupefacto.

-¡Begoña, vuelve, la mar está muy mala, ni los barcos han podido salir a pescar! -le gritó Juan desde las rocas.

-¡Más peligros corro yo en tierra! -le contestó Begoña con su eterna sonrisa-. Mucho tardaste en descubrirme, Juan. Vamos, tírate al agua y te llevo conmigo. En el fondo no hay peligro ni tormentas. ¡Vente conmigo, Juan!

Cuentan los marineros del pueblo que a veces dos delfines acompañan a los barcos pesqueros y los sacan de las tormentas, y todos se conmueven con la pena de Eduardo, que desde aquella Navidad baja todos los días hasta el muelle a otear el horizonte en busca de la prima Begoña, la sirena que le robó el corazón.

Navytale 2007

© *Alb, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

El día de navidad amaneció con una blanca sábana helada que cubrió el pueblo y los montes cercanos hasta confundirlos con el cielo. El día de navidad abrió la ventana y miró el blanco y respiró. No sintió el espíritu navideño entonces, pero sabía que estaba ahí, en algún lugar entre el blanco de la tierra y el aire y el blanco de su vacío blanco.

Salió como todos los días a las ocho y veinte y cogió el coche para ir hasta el centro. Hoy no trabajaba, pero había prometido recoger los regalos antes de que los niños pudieran verlos.

Todavía creían, sí. Recordó un día de navidad antiguo y la cara de Carlos riendo con toda su boca. ¿Qué le has pedido a los reyes? Y Carlos rió. Lo hizo de él y de su infancia y lo dejó sin ilusión y sin magia con toda su boca abierta. Tuvo que cerrarle la boca por eso. A sus hijos aún no les había ocurrido. Eso pensaba, al menos.

Alejó de sí el recuerdo y paró en un semá-

foro. Los monigotes de nieve se derretían lentos agitados por el aliento del dragón del sol. En la esquina, un papá noel enrojecido por el frío o el alcohol agitaba una campanilla de reclamo. Tras él, una vieja tienda que no había visto nunca, anunciaba en grandes letras rojas "Liquidación en antiguos juegos de magia". Aparcó unos metros más allá.

El local olía a un extraño aroma, mezcla de inciensos, limones y el olor a viejo de los viejos locales. No había adornos navideños, salvo el tipo de la entrada y su campanilla. Y parecía que tampoco había rastro de vida humana, aunque se podía escuchar cierto trajín más allá, en la trastienda velada por una cortina de cuentas. Por todas partes, a su alrededor, en el suelo, sobre el único mostrador de cristal y en todas las paredes, se apilaban cajas de madera barnizada de diferentes tamaños y formas, cada una con un leterito amarillo en el frontal, escrito a mano con una letra diminuta y pulcra. Tuvo que acercarse bastante para poder leer algunos.

"Reliquias de la Virgen", "Varitas inglesas", "Runas nórdicas. Efectos garantizados", "Muñecas Vudú. ¡Con Manual de Instrucciones!", "Grimorios", "No ABRIR BAJO NINGÚN CONCEPTO. Djinn amarrado", "Si estima su visa", etc. etc.

Supuso que lo de Visa no había sido un error. Sonrió. Estaba ante una auténtica tienda mágica. Una de esas que siempre aparecen en los callejones perdidos de cualquier ciudad, a veces sólo por un rato. El suficiente rato como para hacer un buen negocio. Cuando estabas seguro de que allí no había más que una lavandería china, te encontrabas con una de esas tiendas. Esperaba no defraudarse y que el comerciante fuera chino con largos y finos bigotes mandarines y uñas larguísimas o, al menos, una vieja bruja de verruga varada y voz suave.

Tuvo suerte. Cuando apretó el timbre sobre el mostrador las cortinas se agitaron y salió una especie de hurí oriental sonriéndole tras su sombra de ojos y acariciándole con sus pestañas.

- ¿Qué puedo hacer por usted? - dijo.

Se le ocurrieron varias posibilidades en un segundo pero todas pasaron en el mismo segundo en que recordó que estaba casado y tenía dos hijos y no iba a echarlo todo por la borda por una bruja cualquiera.

- Busco lo imposible - dijo paseando su vista por las cajas.

- Ha llegado al lugar adecuado... Siempre que pueda pagarlo - sonrió la mujer.

- Diría que tengo la sangre en buen estado. Y mi alma inmortal está disponible.

La mujer rió.

- No, se lo agradezco, pero con euros con-
tantes y sonantes estamos más que satisfe-
chos. Ahora... defina imposible.

- No sé... ¿Qué tal un poco de espíritu navi-
deño? -. Fue cuando él abrió los brazos con
algo de entusiasmo y "Reliquia. Dedo enhiesto
de San Juan Nepomuceno" cayó al suelo
haciendo tambalear peligrosamente "Cruces
de Caravaca bendecidas y firmadas", y "Rosa
de Jericó. La Auténtica, momificada."

- Disculpe.

- No se preocupe. Si hubieran sido esas de
ahí SI tendríamos problemas.

La mujer señalaba una alta hilera de cajeti-
nes de madera apilados unos sobre otros has-
ta formar una torre. Los letreritos amarillos
sobre ellos se escribían a sí mismos, una y
otra vez, con caracteres ininteligibles.

- Bien. Creo que tengo algo de lo que busca en la rebotica. Sígame.

- ¿Es seguro? - dijo él con cierta aprensión.

- Oh, sí, hoy es completamente seguro.

No quiso preguntar como era otros días. Siguió a la mujer y traspusieron la cortina multicolor hasta llegar a un pequeño despacho rodeado también de cajones y cajas de madera hasta el techo.

- Siéntese.

La mujer hizo lo mismo tras la mesa y comenzó a rebuscar entre los cajones del escritorio. No duró mucho.

- Aquí está. Espíritu de las navidades - sonrió con cierto triunfo mientras sostenía una pequeña cajita dorada en su mano diestra.

- ¿Pasadas, presentes, futuras? - preguntó él.

- Da lo mismo. Unas gotas de este frasco detrás de las orejas y usted y cualquiera que lo acompañe en estas fechas podrán sentir el espíritu de la navidad como cuando eran niños queridos y amados junto a la chimenea,

cuando miraban el fuego en silencio, sonriendo.

- Nunca tuvimos chimenea...

- Mejor. Ahora podrá saber lo que se siente.

Tomó el frasco dudando aún y lo miró al trasluz. Contenía un líquido rojizo en el que flotaban hilillos dorados y plateados. Con sólo mirarlo supo que tenía que ser suyo.

- ¿Cuánto le debo?

- La voluntad.

Dejó el frasco en la mesa, se levantó y la miró desde arriba a sus ojos imposibles.

- ¿Me dijo que no querían sangre ni almas ni nada de eso y ahora me pide mi voluntad? - Estaba indignado.

- No me refiero a hacerle un zombi, ya tenemos. Me refiero a que pague lo que crea conveniente.

Se tranquilizó y se llamó estúpido mentalmente.

- No sé... ¿Le parece bien 120 euros? Sólo tengo eso en efectivo.

- Es suyo - susurró la mujer.

Antes de salir miró una vez más el interior de la tienda, intentando así atraparla en su recuerdo, seguro de que mañana no estaría allí y sólo encontraría un callejón y orines de gato helado. Abrió el frasco de las esencias y aplicó dos gotitas del mismo bajo sus orejas. Luego tiró de la puerta y salió al mundo blanco y frío de afuera. Sonreía.

- ¡Feliz navidad! - dijo al hombrecillo disfrazado de la entrada.

- ¡Feliz Navidad! - respondió Papa Noel agitando su campanilla.

Caminó hasta su coche y lo llevó al centro. Recogió los regalos encargados haciendo una enorme cola de dos horas en la que todos sus integrantes cercanos le sonrieron y hablaron de sus hijos, de sus nietos, y de cómo pasarían la noche de navidad jugando al parchis como nunca habían jugado con familiares lejanos que hoy encontraban de nuevo bajo el árbol, en el calor del hogar. Supo de las vidas de aquellas gentes desconocidas y compartió también la suya en la larga y lenta cola hasta

la cajas. Sin pensar en nada más que en las caras de sus hijos en la cena, cuando se fueran a la cama, cuando por fin consiguieran dormirse en un largo sueño de felicidad y abrieran los regalos a la mañana siguiente.

Aquella noche, con todos dormidos ya en sus camas, él se quedó un rato más, saboreando un coñac en la penumbra apenas iluminada por las luces del árbol. Pensó en el Carlos de su infancia, el niño al que cerró la boca de un guantazo, y en todos los Carlos del mundo que ahogaban las ilusiones de los niños cándidos.

Levantó la copa y brindó por todos ellos, pensando:

- Que os den.

Tengo las manos vacías

© MAR, *diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

*Tengo las manos vacías
y nada para ofrecer,
vengo a entregaros medio árbol
que me prestaron ayer.
Que todo os sea benévolo
que nada os pueda afectar
que tengáis hermosos días
llenos de Felicidad.*

*
**

Quisiera
armar en estos
días
un hermoso árbol de
Navidad.
Y colgar, en lugar de regalos,
los nombres
de todos mis amigos. Los de cerca
y los de lejos. Los de siempre y los de
ahora.
Los que veo cada día, y los que raramente
encuentro,
Los siempre recordados, y los que a veces se me
olvidan.
Los constantes y los inconstantes. Los de las horas
dificiles, y los de las horas alegres. A los que sin querer
herí, sin querer me hirieron. Aquéllos a quienes conozco
profundamente, y aquéllos a quienes apenas conozco por sus
apariencias.
Los que me deben, y a quienes debo mucho. Mis amigos humildes
y mis amigos importantes. Por eso os nombro a todos, a todos los amigos
que pasaron por mi vida. Los que recibís este mensaje y los que no lo
recibirán.
Un árbol de raíces profundas para que vuestros nombres nunca sean
arrancados.
Un árbol que al florecer el año próximo nos traiga ilusión, salud, amor y
paz.
Ojalá que en Navidad, nos podamos encontrar para compartir los mejores
deseos de
esperanza
poniendo un poco
de felicidad en aquellos
que todo lo han perdido.

La luna de don Raimundo

© *Sapristi, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

De las Navidades que, fuera de los años infantiles, guardo un recuerdo más claro, es sin duda la Nochebuena de 1991 la más precisa en la memoria aunque sólo sea porque la revivo cada vez que miro a la luna.

Comenzó y terminó al tener la charla más mustia de mi vida ya que como interlocutor tuve a don Raimundo, el hombre más triste que he conocido jamás. Será difícil repetir la experiencia pues las especiales circunstancias que se dieron cita aquella noche son ya imposibles; era Navidad como dije, yo me encontraba inmerso en un proceso de divorcio que me había arrojado a una soledad impensable y sobre todo porque don Raimundo ya no está entre nosotros. Pero antes de continuar y para dejar clara la personalidad singular de aquel hombre debo retroceder, por ejemplo, al día posterior a su desaparición y rememorar aquella oficina de donde don Raimundo fue virrey arrinconado.

Verán. Para cuando decidimos que la naturaleza de don Raimundo era inmortal, y que

su presencia en el departamento no sólo provenía de aquel pasado remotísimo al que por edad no podíamos pertenecer sino que además se prolongaría hasta que todos y cada uno de nosotros hubiéramos pasado a la categoría de jubilados, el hombre falleció.

Fuimos muchos los que sentimos su muerte, claro está; pero en cambio otros no tardaron en celebrar, primero de manera discreta y luego abiertamente, el final de aquella presencia que parecía contagiar la pesadumbre del luto y el mal fario de un vuelo de murciélago. A Gómez Roca, por ejemplo, no le costó mucho olvidarlo pues con la ayuda de unos cuantos amontonó en el patio de Contribuciones su viejo mobiliario ya inútil. Ante el remedo de meterle fuego convirtiéndolo en una falla oficinesca, Sanrromán y yo mismo le paramos los pies de inmediato, porque ya sabemos todos cómo se las gasta Gómez Roca. Es de éstos que la dan a la entrada o a la salida. Así que con la fiesta aguada tuvo que admitir que los conserjes se lo llevaran todo: la mesa, la vetusta butaca giratoria, el archivador y el lote de cachivaches anticuados entre los que don Raimundo se había encastillado en cuarenta y cinco años de trabajo en la oficina. Luego que hicieran lo que fuera; venderlo a los traperos, regalarlo a los drogatas recicladores o donarlos a un museo de antigüedades burocráticas si tal cosa existiese.

El caso es que cuando retomamos la normalidad y a pesar de que el rincón de don Raimundo fue ocupado por Marimar, una jovencita con contrato temporal que era como si cada mañana a las ocho penetrara por la puerta un anuncio de colonia de baño, llegamos a echar de menos la costumbre diaria del saludo a don Raimundo, siempre antecedido por los espejos de sus zapatos cuando entraba en el despacho. El brillo del betún lustrado era la única concesión que se permitía a lo mate de su persona, la única osadía luminosa a la oscuridad de sus jerséis y de sus trajes, "Yo siempre como De Gaulle", decía, "trajes gris carbón. Mi color preferido". Hasta entonces nunca había escuchado definir la tristeza con tanta precisión textil.

Cuando llegaron al departamento los primeros ordenadores, don Raimundo aún andaba embelesado con su maquinita Dymo de hacer rótulos, la que grababa palabras en tiras de plástico de colores. Años después de su adquisición todavía encontraba expedientes que marcar y carpetas que clasificar con aquel invento. A ello lo ayudaba Gómez Roca, que aguantando la risa que a él mismo provocaban sus bromas, le acercaba toda clase de objetos para ser identificados sabiendo el gusto de don Raimundo por tener la oportunidad de confeccionar un nuevo letrero. "Por favor, don

Raimundo... ¿le importaría hacerme un rotulito para mi grapadora para que no se la apropien estos canallas?", "En qué color lo prefiere, joven, ¿verde, rojo, marrón?", "Esa decisión la dejo en sus manos, don Raimundo. Escoja usted el que considere adecuado". Y se marchaba con la mano puesta en la boca.

Fuera de estas burlas de las que no parecía percatarse, para poco más podíamos contar con don Raimundo, pues voluntariamente se exilió en el rincón donde se situaba la percha de brazos sin que nadie recordase haberlo visto alguna vez en el bar compartiendo el café mañanero o las cervezas de la hora del aperitivo. Allí se hizo organismo arqueológico y construyó su inexpugnable virreinato al que, fuera de Gómez Roca y sus bromas, era difícil acceder. El tiempo y la tecnología se detuvieron en aquel rincón porque como dije, cuando a nosotros empezaron a hipnotizarnos las pantallas de ordenador a las que la fosforescencia verde de los textos y contabilidades convertía en acuarios negros con pececillos de neón, don Raimundo seguía dando uso a sus grises gomas de borrar tinta y al sacapuntas metálico de sobremesa, el aparato que llevaba funcionando un siglo y que continuaba impregnando el ambiente con la fragancia de cedro de su lápiz azul y rojo cada vez que lo afilaba.

A pesar de todo, la naturaleza triste de aquel hombre me resultaba llamativa por lo misteriosa y entendí que podía ser una de esas personalidades anodinas que luego, en su vida privada, despliegan una actividad interesante. Tal vez don Raimundo fuera un pintor excepcional al que la timidez obligara a esconder el mérito de su obra, o uno de esos escritores cuya muerte descubre en un cajón una novela genial, o siquiera practicara una filatelia meticulosa. El que nadie tuviera dato alguno de su vida fuera de la oficina multiplicaba tanto el misterio como las ganas de develarlo. Pero no fue, como dije al principio hasta el 24 de diciembre de 1991 cuando una serie de circunstancias favorables me permitieron acercarme a él.

Sería prolijo explicar el qué hacíamos todavía ambos en la oficina a las nueve y pico de la noche en vez de estar cada uno en su casa con su familia. Diré que concluíamos unos balances, una tarea que en principio sólo a mí correspondía pero para la que don Raimundo se había ofrecido a ayudarme. "Mire, García", me dijo, "estar aquí con usted no me causa disturbio alguno. Total, nadie me espera esta noche". Agradecí su ayuda, claro, pero constando a la vez algo impensable apenas un año antes. Con dolor tuve que admitirlo: "A mí tampoco, don Raimundo". Fue así, sin sospecharlo, como se me presentó la oportunidad

de poder intimar con aquel hombre al que iba cobrando afecto a medida que imaginaba para él, como antes dije, una existencia incluso admirable.

Cuando terminamos el trabajo, cerca ya de las once, y sin esperar a que don Raimundo concluyera su despedida, me ofrecí a acercarlo a su casa en mi coche. Le convenció la imposibilidad de encontrar a aquella hora un taxi a lo que se añadía una nevada que haría peligrosa y agotadora la caminata que parecía estar dispuesto a emprender. Al final, sentado a mi derecha, imperturbable mientras yo me refregaba las manos y resoplaba de frío esperando que el interior del coche se calentara, pensé en Gómez Roca que a esa hora celebraría el rito anual de la cena familiar, el Gómez Roca que manejaba la teoría de que la tristeza de don Raimundo era un mal contagioso y del que por tanto había que alejarse. ¿Se creería que en ese momento éramos compañeros de soledad, don Raimundo con su viejo maletín entre las piernas y yo, que proyectaba meterme en la cama y taparme la cabeza en cuanto llegara a casa?

En el camino, don Raimundo quiso pagar con confidencias mi favor, y así, mientras cruzábamos las calles desiertas a las que la iluminación navideña hacía más solitarias aún, respondió a mis preguntas después de haber yo

allanado el terreno con pueriles comentarios sobre la noche de perros que teníamos encima.

-¿Familia? No, no. Vivo solo. Antes, y después de morir mis padres, compartí la vivienda con una hermana soltera, pero ella murió el año pasado.

Con este resultado tremendo por respuesta quise arreglar la indiscreción de la pregunta, pero sólo conseguí aturullarme en excusas que don Raimundo interrumpió agitando la mano.

-No se preocupe, García. Así son las cosas, mi sino. Siento haberle decepcionado porque supongo que usted, como otros antes, había imaginado para mí una existencia fabulosa, ¿verdad? Pues no. No hay más cera que la que arde, querido amigo. Vivo con tres gatos, y en ellos y con la ayuda del tiempo he sabido encontrar refugio a mi tristeza congénita y también a mi escepticismo.

-Bueno, yo creí que...

-No, no crea nada García. Por otra parte, siempre fui así. Es una enfermedad de nacimiento y, tal como supone Gómez Roca, contagiosa, ¿o es que cree que no estoy al tanto de sus comentarios en voz baja y de sus risi-

tas? Le cuento una anécdota aprovechando estas fechas... ¿sabe lo que le pedí a los Reyes Magos de regalo cuando apenas tenía siete u ocho años? Un paraguas. Un paraguas negro. Por si llovía. Ya ve.

Por mi parte quise excusar a aquel bocazas de Gómez Roca pues yo mismo había participado algunas veces en aquellos concíabulos donde se proponían nuevos motes para don Raimundo o se le adjudicaba el protagonismo de extravagantes leyendas.

-Mire, García, no quiero que se sienta obligado hacia mí; es más, usted es joven y a pesar de la desagradable situación que vive y de la que estoy informado, le aseguro que a la larga, el contacto con personas como yo puede perjudicarlo. No alivio soledades y menos en una noche tan señalada como ésta.

-Pero bueno, don Raimundo -protesté -me habla en unos términos que parecen una colección de supersticiones. Puedo asegurarle que entre los compañeros de la oficina se le tiene en gran estima a pesar de ese desapego voluntario que mantiene; pero de la misma manera le aseguro también que en ese papel de gafe con que usted se empeña en verse no se lo adjudica nadie.

-Lo agradezco, no crea. Pero imagino que a ello habrá ayudado mi retiro a aquel rincón donde sigo con mis rotulitos y mis garambainas inútiles. Fuera de ello, créame, no existe nada. Mi vida es la oficina porque todo lo demás es terrible. Verá cómo lo entiende con un simple ejemplo: tuve una novia, claro que sí. Durante un paseo con ella por un parque, y tal como hacen los enamorados, grabé en un tronco un corazón atravesado por una flecha. Sobre él puse las iniciales de Matilde, así se llamaba. Debajo escribí las mías. Salió huyendo de inmediato. No sé si sabe que mi nombre completo es Raimundo Izquierdo Peñas. Comprenderá que con unas iniciales como las mías, el amor me está velado. Imagine el resto.

No encontré qué responder a aquello del corazón, así que conduje en silencio, empezando a sentir que la tristeza de todo lo que contaba aquel hombre me iba anegando como un aceite negro. Al final Gómez Roca iba a tener razón con su teoría del contagio. Don Raimundo pareció leer mis pensamientos:

-Por eso me va a permitir que no le invite a subir a mi casa, a tomar una copa como sería lo natural. Créame, García; ese don Raimundo para el que fuera de la oficina usted imagina una vida completamente distinta, no existe. Ese don Raimundo es una esfinge sin enigma. Así que hágame caso, déjeme allí, donde está

el buzón de correos y continúe hasta su domicilio.

Así lo hice. Detuve el coche, don Raimundo se despidió cortésmente estrechándome la mano y alzando levemente su sombrero lúgubre.

-Ya le digo, siempre fue así. Como cualquier adolescente, al menos de los de mi época, tuve algunos escarceos poéticos. Dediqué versos a varias muchachas, entre ellas a Matilde, al otoño o a las gaviotas. También a la luna, no faltaba más. Pero cuando vi las primeras imágenes de la Luna, de la Luna de verdad, la que pisaron aquellos astronautas, no a la que yo hacía versos, se me quitaron las ganas de continuar con la poesía....

Se bajó no sin antes hacer un último comentario antes de cerrar la puerta:

-...Y es que García, yo lo veo así, la luna no es más que una piedra aburrida. Eternamente aburrida y triste.

Sin imaginarlo, aquella fue la última vez que hablé con don Raimundo; pero sin imaginarlo tampoco, aquella conversación marcó una impronta de la que desde entonces no he sabido desprenderme. Al llegar a mi casa, limpio el cielo navideño tras la nevada, la luna

que miré acompañando a las estrellas fue ya
para siempre una piedra aburrida. Y triste.

F I N

Mamen

© O'Flaherty, *diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Lo que sigue no es cuento. Ocurrió realmente en la fecha y lugar que indico. Solo he cambiado los nombres. Dudo que tenga interés para nadie, salvo para mi. Pero valga el colgarlo aquí aunque solo sea para que perviva un poco más en mi memoria.

Mamen era hija del dueño del Restaurante Iruña. Cuando la conocí, hace tanto tiempo que casi marea calcularlo, trabajaba en él, como toda su familia y gozaba de justa buena fama su cocina. Eran de Tudela y habían importado al pequeño pueblo sevillano su suculenta gastronomía. La vi por primera vez cuando empezó a salir con Marcos, mi mejor amigo de aquellos remotos tiempos. Era rubia, muy rubia, con un pelo muy claro, pestañas a juego y la piel muy blanca. Como yo también comenzaba a tontear con chicas, salíamos las dos parejas rompiendo así el trío de íntimos amigos que formábamos con Luismi. Tras varios años de relaciones, inesperadamente, Mamen y Marcos se separaron por causas que nunca averigüé, y casi a la vez, los azares de la vida nos dispersaron a todos sin habernos vuelto a encontrar de nuevo.

Muchos años más tarde, gracias a Internet, logré localizarlos. Marcos y Luismi vivían y trabajaban en Canarias, mientras Mamen continuó en el restaurante del pueblo. Pude po-

nerme en contacto con mis amigos mediante el sistema tradicional de la carta por correo. Luego vinieron las llamadas telefónicas, espaciadas, pero puntuales en las felicitaciones. Contraje el compromiso de viajar a las islas y reunirnos alguna vez, pero ese día ya no llegaré. Marcos murió hace unos meses durante una tonta intervención quirúrgica. Luismi me llamó para darme la noticia.

Al menos una vez, cada vez que viajo a Sevilla, paso por ese pueblo a saludar a la gente conocida, pero nunca encontré el restaurante abierto. Mamen era ahora la dueña, tras la muerte de sus padres, e incluso me contaban que había prosperado y convertido el lugar en una institución, bastante cara por cierto. Pero mi suerte siempre lo encontraba cerrado. Hasta el pasado día 8 de diciembre.

Ese día, a las 9 de la noche hacía un frío helador. Embutido en una gruesa parka con la bufanda al cuello, me eché a la solitaria calle abandonando la confortable habitación del hotel. No esperaba tener suerte tampoco esa noche, pero el gélido viento soplaba a mi favor: las luces del elegante portal del 'Restaurante Iruña' estaban encendidas. No había clientes aún cuando entré al comedor. Dos uniformadas camareras me daban la espalda mientras charlaban con una señora sentada displicentemente ante una mesa vacía. Se

volvieron al oír la puerta y en ese momento supe que aquella dama, de pelo casi albino y cara de niña era Mamen.

-¿Crees en los fantasmas? -le pregunté aún envuelto en mi abrigo.

Se levantó con expresión incrédula y a poco una sonrisa asomó a su rostro. Me ayudó a despojarme del engorroso vestuario y nos dimos un emotivo abrazo. Vinieron las atropelladas preguntas de rigor, prometí contarle y me dio a elegir mesa en lo que en otros restaurantes, pero no allí, suele ser la jaula de apestados fumadores. Se sentó enfrente y encendimos un cigarro en silencio como intentando, entre el maremágnum de preguntas que se nos venían a la mente, encontrar la más idónea, la más inocua.

-¿Qué te apetece cenar? -dice por fin.

-Lo dejo a tu elección. No es importante.

-¿Un caldito de la abuela para entrar en calor y cordero asado?

-Y un buen vino de tu tierra. Eso sí es primordial.

Da instrucciones a una de las elegantes camareras y aparece una botella de recio tinto

cuya bodega ni siquiera alcanzo a registrar en la memoria, pero sí que es de Navarra. Dos vasos, un brindis y ya fluye la conversación. ¿Cómo te va? ¿Por donde andas? ¿Te casaste? ¿Tienes hijos? Por fin llegamos al meollo de la cuestión:

-¿Volviste a ver a Marcos? -pregunta.

-No, pero sí lo localicé gracias a Internet, le escribí y hablamos varias veces por teléfono, casi siempre por estas fechas.

-Yo me encontré varias veces con su padre. Vive a las afueras del pueblo. Me contó que se había casado, que tenía una hija y que, al cabo del tiempo se divorció. Creo que ahora vive solo con su niña, o eso me dijo, en Las Palmas.

-Mamen, Marcos murió hace unos meses.

Tras unos segundos de indecisión se levanta para interesarse por los platos y traerlos ella misma, mientras se seca una lágrima con el dorso de la mano.

-Nunca quise a nadie más -confiesa entre cortadamente tras unos minutos de silencio-. Sabía que volvía siempre por Navidad a ver a su padre, y yo me dedicaba, como una tonta, a pasar una y otra vez por su puerta, con el co-

che, por si lograba verlo y hacerme la encontradiza.

-No es ningún secreto, lo sabe todo el mundo. Nunca guardaste discreción en eso - intento distender el triste asunto con una sonrisa.

-¿Quién te lo ha contado?

-Mi suegra, mi cuñada..., la gente que tengo aquí y a los que vengo a ver en cada viaje.

-Es verdad -sonríe también-, nunca me preocupé por ocultarlo.

Insisto en compartir el cordero; es demasiado para una cena, y acepta. El vino acaba y finalizan los postres. No le acepto una copa porque no creo que el aturdimiento sea el remedio a la tristeza. Sigue la charla ante el humo de nuestros cigarrillos. Decide, casi de repente, que estas fiestas volverá a Tudela.

-Ahora no tengo el menor interés en pasarlas aquí otro año. Son fiestas para buscar algo de calor amigo.

-Pero supongo que, precisamente en estas fiestas, será cuando mejor te irá el negocio ¿no?

-Me sobra el dinero, y ahora no sé qué hacer con él.

Sobre la mesa acaricio su mano, pecosa y blanca. No puedo, no sé consolarla, no tengo nada que pueda aliviar su dolor. El local se ha ido llenando de bulliciosos clientes, dichosos poseedores de una reserva previa. No me deja pagar. Me pongo la parka y la bufanda y me acompaña hasta la calle, en mangas de camisa, para despedirme. Nos abrazamos largo rato con todas las fuerzas que nos permiten nuestros brazos, mientras acaricio su nuca de blanco pelo y ella me deja una lágrima en el pecho.

El frío es horrible a pesar de que las estrellas parezcan arder en el cielo.

ALREDEDOR DE LA CATEDRAL DE SAN ISIDRO

De la probable imprescindibilidad del ateísmo.

© *PacoZ, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Para M.M. y demás amigos
recalcitrantemente ateos,
un cuentuzco de Navidad.

La Catedral de San Isidro es tan majestuosa como cualquier otra siendo posible que los grados de admiración dependan más de la fe que del buen gusto del constructor del templo. En mi caso suelo sentarme a admirarla desde la plaza del reloj de sol o de dejarme estar es su interior contemplando sus columnas, su bóveda, sus coloridos vitrales que juegan sus colores sobre los rayos del sol. Entonces indefectiblemente, cuando advierto la atracción que sobre mi ejercen el altar mayor, sus imágenes, símbolos y fulguraciones, queriendo desechar la más mínima creencia sobre la existencia de Dios, atribuyo mi encantamiento a una mera atracción estética o arquitectónica. Justamente el tema de la existencia de Dios y la persistencia de mis dudas religiosas, forman parte de lo que quiero narrar.

Empezaré a partir de la fecha en que mi abuelo, un madrileño monárquico y ultramontano, ingresó al país luego que los liberales de España, allá por 1850, forzaran la estampida de los monárquicos. El abuelo, establecido con

una tienda llamada "Au bon Marché", pasó por épocas de bonanza económica al tiempo que su vida familiar fue cediendo bajo el peso de las discrepancias religiosas con su esposa, una vasca francesa agnóstica hasta la médula. Así las cosas, al compás de las rencillas conyugales, por oscuras razones y no más claras rivalidades, dos de los hijos siguieron la fe paterna y el restante renegó de ella. Ese fue mi padre quien, como queriendo continuar aquellas desavenencias, se casó con mi madre, una católica de misa diaria. Yo, diplomático, sosegado y sobre todo escarmentado, me mantengo soltero y expectante; un grado menos que agnóstico.

Así llegamos a la Nochebuena del año pasado. Ese día, es decir aquella noche, paseaba yo por las inmediaciones de la Catedral tratando de ocultar mi soledad, no porque la soledad me molestara tras cuarenta años de vagar por el mundo sin compañía, sino buscando un lugar lo más apartado posible.

Inusitadamente di en pensar que acaso en fecha tan emblemática pudiera dárseme algún signo que demostrara la inexistencia de Dios, ratificando mi indiferencia religiosa.

La gente estaba recogida en sus hogares según tradiciones que hasta entonces me fueron indiferentes y la noche avanzaba con pies

de gato sobre el lustroso gris del empedrado en tanto yo la seguía por la avenida del Libertador hasta que, girando alrededor del frente del templo, encaré la calle que gira sobre sí misma al llegar a la sinuosa escalera por la que se desciende a la ribera.

Al llegar a la casa que fuera de Mariquita Sánchez de Thompson topé con la espalda de un hombre que apenas se distinguía a la sombra de la arboleda. Por un momento pensé en volver sobre mis pasos considerando la presencia humana como un contratiempo que alteraba mi voluntad de diluirme en la naturaleza, de convertirme en alerta y atenta partícula cósmica, en procura de la ocurrencia de acontecimientos fuera de lo común.

El último trecho lo caminé haciendo resonar mis pasos para advertir de mi presencia a aquél que se estaba quieto y silencioso bajo un manto de sombras que oscilaban al arbitrio del viento. Cuando el hombre giró su cabeza lo reconocí. Era uno de los sacerdotes de la Sede catedralicia, hijo de un matrimonio que me es vecino, a quien conozco desde su nacimiento. Niño travieso y molesto como pocos, por obra de no sé qué intervención, a la edad de veintidós años tomó los hábitos dejando atrás un breve pero intenso pasado colmado de niñas y rumores pueblerinos.

-Qué hacés por aquí, Esteban; no quiero pensar que estás en espera de alguna damisela en trance de confesar sus pecados... o de acrecentarlos- le dije, a favor de la confianza que mantenemos. Al reconocerme, Esteban sonrió.

No espero a ninguna damisela sino algún signo que fortalezca mi fe- respondió.

Por parecidas razones estoy yo; tú esperas algo que refuerce tu fe, yo algo que confirme mi descreimiento.

En ese momento Esteban, o el padre Esteban, si lo prefieren, despidiéndose abruptamente, se encaminó hacia la Catedral.

Pasaron semanas; ayer, una amiga, a quien conociera en la provincia de Córdoba donde suelo pasar los veranos, mujer de enhiesta fe, me contó que en Buenos Aires, a la que viniera con motivo del bautismo de un nieto, conoció a un joven sacerdote quien le narró que el año pasado dudando de su fe, reclamó al Señor algún signo que fortaleciera sus convicciones; concreta y circunstanciadamente, pidió que en esa Nochebuena alguna persona se le acercara diciendo haber concurrido esperando un signo que convalidara su descreimiento. Según la mujer el togado manifestó que su

pedido había sido satisfecho, con lo que su fe se templó.

Mi amiga no recordaba el nombre del sacerdote, ni la sede de su Iglesia. Por mi parte, meditando sobre el caso y dando por cierto que el sacerdote no era otro que el padre Esteban, advertí lo insólito que resultó que mi descreída presencia sirviera para fortalecer una fe, siendo que yo carezco de ella. Lo que demostraría tanto la imprescindibilidad del ateísmo para la feliz existencia del Cristianismo cuanto, acaso, la discreción y el sigilo con que se manifiesta el Señor.

DIA DE PERROS

© Zoref, diciembre 2007
es.humanidades.literatura

Hoy es festivo, San Esteban. Punto y seguido en la "orgía" navideña. Me levanto tarde, con el estómago revuelto y algo de tortícolis. Perfecto porque hoy tenemos comida familiar en casa. Después de desayunar, saco a los perros. En cuánto atravesamos el portal, comienzan a ladrar.

Miro y veo venir, al fondo, por la misma acera, a un señor con su "cuñado", dos o tres crios con los juguetes más escandalosos del barrio (¿O serán ellos que consiguen hacer de un triciclo un huracán de gritos y golpes?) y un enorme perro labrador negro que abulta los que los míos multiplicados por cinco.

Voy el descampado más cercano a casa y los mantengo sujetos y con la cadena corta. Veo al grupo que llega a una plaza cercana para que corra el perro y jueguen los niños. Bien.

Jugando jugando, el perro se acerca y los mios, que son unos "acojonaos" de cuidado se ponen a ladrar como locos y tengo que esforzarme en controlarlos. Suerte que he estado todo el rato atento, si no el susto que me da el perrito es de órdago.

Cuando subo a casa, Loli me comenta que lo ha visto desde la terraza y que "ese tío es un gilipollas". Me explica que a ella ya le ha dado algún susto y que pase quien pase, esté quien este, no sujeta al perro ni por equivocación."No, si no hace nada" y se queda tan pancho.

Y aquí comienza el motivo de ésta reflexión.

Pienso que hay mucha gente como ese señor, que va a la suya y le importa una mierda el resto. Me imagino que pensaría, como reaccionaria ese señor si se produjera una situación como la que se podría haber dado si por ejemplo, hubiera vuelto a bajar y le hubiera dicho, amablemente:

- hola, me gustaría comentarte un tema, ¿me permites un par de minutos de atención?

- Claro, dime.

- Mira, soy un vecino tuyo, vivo aquí (señalo

hacia el bloque más cercano) y no se si me has visto antes, iba paseando unos perritos.

- Sí que te he visto, escandalosos pa'la mierda perros que son, ¿no?

- Ya, por eso los llevo siempre sujetos. Son pequeñitos y tienen miedo así que se ponen agresivos con los perros grandes.

- No, el mio no hace nada. Por eso lo llevo suelto. Pero es que hay tanto gilipollas que no lo entiende y te da la brasa que de verdad, a veces me gustaría azuzarlo y que se llevaran un buen susto.

- Sí, eso es una idea. De todas maneras, yo te quería comentar que si podías, por favor, si ves que alguien se asusta, aunque sea una tontería y no tengan motivo de ello, aún así, si podías sujetarlo. Sí ya se y tienes razón, pero le ahorrarías un mal trago a alguien con muy poco esfuerzo.

- Ya estamos. ¿Y si no me da la gana que pasa?

Sonríó mientras señalo el bulto que se marca en el interior de la chaqueta, en el sobaco izquierdo.

- Mira, te entiendo. Si ya te digo que tienes

razón. Pero es que los sustos son muy malos. Imagínate que yo ahora saco la pipa que llevo aquí.

Con un gesto lleno de naturalidad, sereno pero firme, saco la pistola y, con la sonrisa congelada en la cara, la monto y se la apoyo en la frente.

- Tu sabes que es broma, que no te voy a matar. Sabes que no lo voy a hacer. Soy pacífico. Sólo estoy enseñándotela. ¿A que es guapa? y para que notes lo genial que es, va cargada, sin seguro y te apunto a la frente. ¿A que mola? ¿No notas la adrenalina como sube? ¿no será miedo? Ya sabes que no te voy a disparar, ¿verdad? ¿o no lo sabes? ¿dudas?

Me conoces de vista y sabes que soy pacífico. Si tengo unos mierdas de perros que no le durarían ni medio bocao al tuyo...

El hombre estaba petrificado, con finas gotitas de sudor brillándole en la frente. El perro, a sus pies, sentado mirando como "charlamos" moviendo relajadamente el rabo.

- Tu perro, como mi pistola, pueden matar a una persona. Tu sabes que tu perro no me va a morder, pero yo no y me puede hacer pasar mucho miedo. Sobre todo si me lo azuzas, aunque sea en broma.

Yo también se que no voy a disparar, pero tu no y lo estas pasando mal. Sabes que no lo voy a hacer pero no estas seguro.

Tanto a tu perro como a mi se nos puede cruzar el cable por vaya usted a saber por qué y, cuando menos te lo esperas y sin venir a cuento, me muerde. O te disparo. Pum. El miedo se convierte en dolor.

¿Así que si te parece bien, tu sujetas al perro yo guardo la pipa y nos deseamos una feliz navidad jou jou jou puta?

.

VINDICACIÓN DE LOS REYES MAGOS

© Poncho-Negro, diciembre 2007
es.humanidades.literatura

Mi papá murió hace más de 30 años. Poco tiempo después de su partida, mientras arreglaba sus papeles, encontré una cajita de zapatos muy pequeña. Contenía los primeros zapatitos de bebé míos y una colección de cartitas que comenzaban "Señores Reyes Magos" algunas escritas con la letra de mi padre y otras con la despatarrada letra de mis inicios en la escritura.

Yo, que he sido escéptica en muchísimos aspectos, jamás he dudado, ni dudo, de la existencia de los Reyes Magos.

Nadie podrá nunca convencerme de que eran mis padres los que, furtivamente y en un acto absolutamente carente de sentido, depositaron durante mi infancia, los regalos en los zapatos colocados a tal efecto en la ventana de mi cuarto. No obstante, debo reconocer que dichos regalos no siempre se ajustaron a las peticiones claras y precisas formuladas mediante un documento tan fehaciente como una carta.

Los espíritus proclives a corroborar, a lo largo de los siglos, que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, jamás podrán hacer mella en la convicción profunda de la existencia de dichos Monarcas, adquirida en interminables noches del cinco al seis de enero, mediante la clara percepción de las pisadas parsimoniosas de los camellos, sobre las chapas de zinc del techo de la casa de mi infancia.

Suele aducirse, vanamente, que esas presuntas pisadas no eran otra cosa que las corridas amorosas de los gatos atorrantes. Pero todo chico bien nacido sabe diferenciar claramente esos románticos entreveros oídos durante trescientas sesenta y cuatro noches, año tras año, del inconfundible y majestuoso paso de un camello escuchado - únicamente- en esa especial noche trescientos sesenta y cinco.

Eso para no mencionar, por resultar demasiado burda y evidente, la desaparición del pasto y el agua dejados para aplacar el hambre y la sed de unos animales que, en el breve lapso de una noche, deben recorrer el planeta y, por lo tanto, reponer las energías gastadas en tan enorme esfuerzo. Ni siquiera el espíritu más obtuso podría imaginarse a un gato enamorado comiendo pasto y, mucho menos, a unos padres sigilosos y apresurados ingiriendo, rápida y silenciosamente, semeiante clase de vituallas.

Por otra parte, seamos sensatos: ¿acaso unos padres normales no les entregan a sus hijos, personalmente y sin tantas vueltas, sus regalos de cumpleaños o de cualquier otra fecha importante de sus vidas? ¿A quién puede ocurrírsele el despropósito de "inventar" unos Reyes Magos que vinieran del Oriente, montados como corresponde en sus camellos, para traer un regalo, generalmente modesto, pero

siempre esperado con un aleteo interminable en el pecho?

Hay cosas que son irrefutables: mi padre hace mucho tiempo que no está entre nosotros, y mi madre tiene ya muchos años y una salud precaria; sin embargo, yo sigo poniendo mis zapatos en la ventana a la espera del regalo soñado. Si bien es cierto que, últimamente, los zapatos permanecen vacíos, yo sigo oyendo las inconfundibles pisadas de los camellos.

Es comprensible que no se detengan a dejar regalo alguno y pasen presurosos junto a los zapatos de mayor tamaño porque, como todos sabemos, deben privilegiarse los niños que, explosiones demográficas mediante, cada vez son más. Pensarán, sin dudas, en regresar más tarde a dejar el paquete anhelado, pero, seguramente, la llegada prematura del alba les impide cumplir con sus deseos de acomodar en los zapatones gastados, el fardelito de la ilusión.

¿Qué demuestra esto? Para mí, sólo demuestra que el tiempo ejerce su tiranía aún sobre Reyes Magos y camellos maravillosos. Estoy segura de que si contaran con dos noches para cumplir con su misión, no dejarían zapatos vacíos por una simple imposibilidad horaria.

Por otra parte, con los años uno adquiere cierta experiencia, y yo he comprendido que dejarles manojos de pasto y baldes con agua sólo entorpecería la desenfrenada carrera que estos misteriosos seres deben cumplir en una noche; de manera que me limito a dejarles un tazón con agua que, cada seis de enero, aparece vacío. Para mí ésta es una prueba suficiente e incontrovertible.

Además, tengo para mí que la entrega de un regalo visible, concreto, contante y sonante, sólo envilece el hecho de recibir un regalo mágico. ¿Por qué ese afán miserable y materialista de esperar que estos Magos venidos de tan lejos nos dejen un regalo que cualquier "chitrulo" puede comprar, pongamos por caso, en la juguetería de la otra cuadra?. Creo yo que la invisibilidad del regalo no es sinónimo de su ausencia. En primer lugar, ejercita nuestro espíritu para ver con los ojos del alma y no con los de la cara, los dones que recibimos y, en segundo término, permite suspender nuestra incredulidad, como diría Coleridge, y contemplar, temblorosos y azorados, ese regalo que sólo en nuestros sueños más altos nos hemos permitido imaginar.

En estos tiempos en que cualquier pelafustán regala por televisión automóviles carísimos o miles de dólares, a cambio de nuestra dignidad, la prodigiosa sabiduría de estos vie-

jos Reyes consiste en no dejar como regalo algo que tenga un precio en el mercado. Ellos dejan lo del mercado para los mercaderes: no puede uno olvidar en estos casos que el verdadero regalo es la certeza perdurable de que los Reyes Magos existen y pasan y seguirán pasando, inexorablemente, entre el cinco y seis de enero, mientras haya seres que podrán no creer en la infalibilidad de las computadoras, pero que jamás pondrán en duda la existencia de entidades tan generosas y perseverantes que, a pesar de dos mil años de escepticismos, descubrimientos científicos y sofisticadas tecnologías, emprenden cada año la titánica tarea de circundar el mundo y dejar encendida a su paso la inextinguible estela de la ilusión a cambio solamente de un tazón con agua y una leve inquietud en el corazón.

Y si queremos milagros de esos que puedan ser refrendados por la ciencia, sería bueno recordar que para alumbrar el camino de estos Reyes hacia un pobre pesebre de Belén, en algún lugar remoto de este universo infinito, una desconocida estrella debió empezar a arder millones de años antes de que los Reyes y el pesebre mismo, existieran.

A mí me basta.

Carta a los Fuelles mágicos

© *Lena, diciembre 2007*
es.humanidades.literatura

Queridos fuelles mágicos.

Este año quiero pedirlos varios regalos, no sé si será mucho o poco, fácil o difícil o sencillamente imposible. Pero teniendo en cuenta que hace años que dejé de pedir, espero que podáis hacer un esfuerzo:

Me gustaría en primer lugar que vuestro aliento avivará las llamas en todos los corazones. Eso no debe ser tan difícil para unos fuelles tan potentes y grandiosos como vosotros ¿no?

También quisiera que un viento de dicha recorriera todo el planeta arrastrando nubes de lluvias generosas y benignas hasta allí donde más han de valorarse.

Por otra parte os ruego un poco más de sutileza en vuestros bostezos y eructos, pues por aquí nos asustamos muchos cada vez que hacéis templar la tierra o se os escapan cenizas y lava por vuestras enormes bocas.

Y ahora viene lo más difícil, quizá ni siquiera esté en vuestra fuerza conseguir esto, pero es casi imprescindible que multipliquéis el número de Lunas, creo que necesitaríamos al menos una por habitante, además sería bueno que cada una llevara un interruptor incorporado para que cada cual la encienda o la apague a su antojo, y si es posible que traigan libro de instrucciones, porque algunos/ as no sabemos como utilizarlas.

Creo que por este año he terminado. Si no podéis traerlo todo en el 2008, suplico no os olvidéis de mis peticiones, y quizá en los próximos años hasta logremos rellenar el agujero de ozono.

En la solana os dejo unos bocatas de jamón y queso y unas botellas de vino añejo. Espero que los disfrutéis tanto como yo disfrutaré vuestros regalos.

Hasta siempre.

Blanca en Navidad

© *Alutxe*, diciembre 2007
es.humanidades.literatura

Como cada año, Blanca disfruta en soledad del que, para ella, es el mejor momento de las fiestas. Lleva semanas deseando que llegue. Con un ansia inusual cuenta los días que quedan hasta el 6 de Enero desde que, a mediados de Noviembre, vio a los operarios engalanando de luces blancas las calles del centro de la ciudad. Su corazón aguanta con estoicismo todos los días señalados en el calendario y que a ella no le interesan tanto: el día de la lotería, Nochebuena, el día de Navidad, el día de los Inocentes, Nochevieja, Año Nuevo, la víspera de Reyes... y el tan esperado Día de Reyes, que, de una vez por todas, está aquí.

Blanca disfruta como una enana de este día 6, pero sólo a partir de las 7 de la tarde. Una vez acaba la comida de Reyes, después de que todos se han entregado los regalos (este año le ha caído un bolso) y la casa queda vacía de risas y del correteo de los niños, Blanca se sirve una copa de vino. La toma tranquilamente mientras mira por la ventana y da gracias por-

que por fin todo ha terminado y puede desmontar de una vez el árbol de Navidad.

Y, por encima de todo, da gracias por haber sobrevivido, como cada año.

Encuentros en la tercera fase

© *flantains*, diciembre 2007
es.humanidades.literatura

Al fin supe de ella mucho después. En las navidades de 1963 corrió por la calle el rumor de que había vuelto y alquilado un pisi-to en la gran vía de San Marcos, nadie sabía de qué ni cómo vivía, nadie sabía ni de donde ve-nía o a donde iba o si se iba a quedar, el caso era hablar.

Volvieron los recuerdos pasmándome el ánimo y se convirtió en una costumbre arri-marme a conversaciones ajenas buscándola entre las palabras de las vecinas que se silen-ciaban nada más detectar mi presencia... y la curiosidad o no se bien qué extraña sensación me empezó a corroer las venas, así que decidí ir a verla.

Veinte años ¿qué son veinte años? En ese tiempo y en menos se puede pasar de la infan-cia a la juventud y de esta a la madurez; esta era mi circunstancia la de ella iba por delante, así que mientras conducía en dirección a León me la imagine con el pelo cano, la carne floja,

la piel arrugada y los andares cansinos y algo torpes.

Siempre he sido un ingenuo, lo reconozco y un cobarde tambien. Aparqué el coche detrás de la Catedral, saqué del bolso el papel en el que Maxi me había apuntado la dirección.

- no ha preguntado por ti, quizá no sea tan buena idea que vayas a visitarla-

- y que hago ¿quedarme aquí como atontado viendo como chismorronean las vecinas?-

- ¿qué más da?-

- No da igual-

Y emprendí calle arriba a paso lento, al principio, mientras la memoria me volcó a saco, después de años, su olor, el tacto de su piel, su voz musical y calida y el fondo interminable de sus ojos azules, hasta su imagen volví a tener, después de tantos años intentando traerla de la memoria y esta negándomela, ahora veía su sonrisa sin necesidad, siquiera, de cerrar los ojos... qué complicados somos, tanto tiempo mendigándome su recuerdo y por no se sabe qué razón negándomelo y hora que por fin la iba a ver otra vez, no tenía ni que cerrar los ojos para evocarla al detalle.

Planeo subir al tercer piso y llamar, como no estaba muy seguro de que me reconociese decidí que nada más que me abriese la puerta le diría quien soy justo después del saludo. También decidí comprarla un ramo de flores por el camino y comprobé mi aspecto varias veces en las lunas de los escaparates de los comercios, decidí y decidí y decidí, a grandes zancadas, casi corriendo a ratos, hasta que llegué a la Gran vía de San Marcos. El kilómetro largo de avenida cayó sobre mí como una pesadilla, mi ánimo cambio radicalmente, me arrastré por la acera envuelto en sudores y escalofríos y a cuatro pasos del número 63 me quedé clavado en el suelo como una estatua, como un chicle pegado, como un gusano pisado, como una macha indefinible en el asfalto. No sé cuanto tiempo estuve así, para lo único que me moví fue para lanzar el ramo lejos de mí a mitad de la vía y por un rato me entretuve viendo como lo atropellaban los coches.

De pronto vi a una mujer parada enfrente de mí; no sé de donde salió, si del portal o de entre los transeúntes que iban y venían a mi lado, me observaba seriamente, la reconocí al instante a pesar de no tener mucho que ver con la anciana que yo me esperaba, era ella, siempre ella, cada uno de mis días y de mis noches ella, camuflada de cotidianeidad en esa prolija finitud que son los días de un

hombre a medias entre lo que quisiera ser y es

- Hola Daniel-

Me pareció que había pasado un instante desde la última vez que le había oído pronunciar mi nombre. Me pareció que tenía acento francés. Me pareció que sonreía al hablarme. Y me di cuenta de lo triste que había sido mi infancia desde que mi madre se había ido.

- Hola-

Fue toda mi respuesta, fueron todas las palabras que fui capaz de arrancarme de la lengua

- ¿quieres que demos un paseo?

Asentí con una mueca

- Dame tu brazo, Daniel, vengo cansada

Doblé el codo a modo de percha y mientras se enlazaba a él respiré profundamente intentado recuperar la serenidad y el ánimo. Comenzamos a caminar lentamente, notaba su cuerpecillo tan cerca del mío y sí, la note cansada, por un instante deseé que le mundo se parara y nos dejara así para siempre, silenciosos y paseantes

- No tienes muchas ganas de hablar

- No

- Yo tampoco, si te parece bien hoy solo paseamos ¿de acuerdo?

- De acuerdo, mmmma, mm, Cat, Cattttta, Catalina

Ella se rió discretamente.

- la última vez que nos vimos me llamabas mamá

Yo tambien me reí entre dientes. La última vez que nos vimos, hace tanto tiempo de eso, tanto, tanto.

fin

CONVOCATORIA, 2007

se convoca a oyentes y radioescuchas para
que apaguen el sonotone y se pongan a escri-
bir sobre/con/contra/de/desde/en/hacia [et
al] la navidad

temario improvisado

espumillón

paté

jojojo

gorrito rojo

granizo bailando en el alféizar

nacimiento

suicidio

holadiós

botellas medio vacías

diversión propulsada por alcohol

sin bici

sin madre

sin luz

sin errores

sin-sin

el bien

el mal

el bien
ese bocadillo indómito con soniquete

La idea es que el viejo white-rabit (wr) vuelva para encuadernarlo todo. OK? Si no mis hijas no podrán degustar conejo asado en nochebuena... ustedes comprenderán.

Se admiten cuentos hasta el 5 de enero de 2008.

Premios: a elegir entre ser leído y ser admirado.

--

jorfasan
